

Extensión del Personaje en Esquilo.

Por mil retornos distintos los ojos de todas las culturas se volvieron siempre a Grecia, y encontraron alguna sombra perfilada a través de los siglos, siguieron a Glauco Potnio en sus andanzas pesqueras por Sicilia o se refundieron en la leyenda, donde la religión bajó hasta los hombres. Homero hizo de la Naturaleza la madre de los mitos, recogiendo todo el bagaje ario, y Píndaro la hizo estrofa sin ritmo, armonía orquestal extraña y nueva. Y en Esquilo se volvió Destino y jugó con los hombres para culminar en una postrera nota trémula de arco-iris, de resolución del problema, desaparecida la brusquedad del cuadro-nudo, como una vuelta al nivel que apuntalaban los órficos en el peregrinaje filosófico de los Misterios.

Esquilo, romántico quintaesenciado, superó el camino de la especulación trágica. Dentro de sus estruendosas escenas consiguió personificaciones-masas de ineludible valor universal. Ya en esos primeros albores del teatro, cuando el diálogo aún se debatía por hallar fluidez y sólo el coro con sus entonaciones reflexivas y su representación democrática venía a salvar la escena, Esquilo pudo encontrar personajes ajenos a un tinte marcadamente individual. Homero, medioevo en Grecia, había hecho caballeros o había combinado ideas representadas en figuras simbólicas. Hesiodo daba consejos al campesino y le enseñaba astrología y mitología con

delectación especial. Los líricos nos mostraron sus pequeñas guerras intestinas o la iniciación de sus fiestas báquicas, y más tarde sacaron de la danza, malabarismo dórico, la genial inspiración del ditirambo; rondas breves de pastores u orgías ciudadanas refundidas en un ideal de muerte y resurrección. Pero Esquilo tomó características colectivas, y resumiendo aspectos nos dió así personajes perfectamente definidos —no generalizaciones— que respondían a un carácter no individual.

El primer gran personaje colectivo de Esquilo es la ciudad de Tebas. Tebas es un personaje delimitado, estereotipado, que cumple con la instintiva acción de la defensa. El alma de Tebas está al manifiesto. Y no se trata de un simbolismo. Ya Müller adelantó ideas al respecto. Tebas existe y reacciona. Racciona en sus mujeres que gritan ante la proximidad de las armas enemigas; existe en su organización misma, a cuyo frente está Eteócles con la maldición edipiana, con un signo trágico. Pero Tebas está por encima de Eteócles y de sus mujeres que imploran, y la vemos vencedora, gozosa, aunque yazga, frente a una de sus siete puertas, el hijo de Edipo.

Si pasamos de “Los Siete Jefes contra Tebas” a “Prometeo”, estaremos frente a otro gran personaje-número. Prometeo, inteligencia humana, ha robado el fuego, primer y definitivo sabor de progreso, factor básico del desarrollo cultural. Y Prometeo, pueblo, colectividad, sufre los rigores del dios que aún no ha triunfado en la campaña olímpica. Prometeo sufre todos los rigores del destino humano. Sabe de su inferioridad, pero la pasión está con él. Intuye una liberación, pero su cuerpo sabe de los sufrimientos de la carne. Y en esta doble lucha mantiene una fé aunque corea una desesperanza. Escenario inmenso donde Prometeo es un alma viva en medio de la formación geográfica. Y los elementos naturales vienen a ofrecerle su consuelo en la gracil figura de las Oceánides. Sus gritos son, ya una insinuación lírica, como una enseñanza de afirmación humana. Y cuando el drama se agudiza, las montañas mismas se unen para aplastar a quien es redentor y redimido. El ideal de resu-

rreción, de savia que vuelve a afluir en nueva primavera, está latente. Y Prometeo reaparece a fin de cumplir el plan de armonía final que mueve los hilos trágicos de Esquilo. Zeus, vencedor de todos los dioses, tiende la mano a los hombres para el triunfo del pensamiento esquiliano. La Naturaleza se confunde con el hombre en el día de fiesta en que se cierra un ciclo de dolor humano.

El tercer personaje importante dentro de esta presentación, novedosa del drama eleusiano está en las Erinas, aquellas *furias* que acosan al hombre como enviadas o mensajeras del más allá. Ya Girard desarrolló con fuertes caracteres, dentro del sentimiento religioso de Esquilo, el valor de las Erinas. Las voces de ultratumba traban continuo contacto con los personajes de la tierra. Tal vez si fuera del planeta se está en la verdadera vida. Desde el infierno de la religión helénica los muertos envían sus mensajes por medio del sueño, o aparecen ellos mismos como Darío en "Los Persas" o como Clitemnestra en "La Orestíada", con los ojos más abiertos, con una visión más clara, con una mayor conciencia. También utilizan a las Erinas, fuerzas vengadoras, para que se cumpla el ideal de la justicia divina. De una justicia basada en el destino mismo. Las Erinas, indirectamente, mueven el brazo de Clitemnestra y luego de Orestes; para, más tarde, ponerse a las órdenes de la arrogante y lujuriosa esposa de Agamenón. Eurípides las hizo un símbolo: las llamó remordimiento. Pero Esquilo las presenta como un producto objetivo, con una recia tonalidad real, y crea para ellas un templo, una vez que se convierten en las diosas buenas de la justicia. Son a la vez una multitud y un personaje. Girard decía:

"El coro de las Euménides no es ya solamente el intermediario que empleaban para comunicarse con los espectadores, no es una multitud ideal que representa, a la vez, la multitud verdadera del teatro y la ficción del drama; es la **personificación** de las fuerzas y de las ideas religiosas y morales, que se animan y toman realidad sensible, entran directamente en acción, se defienden y se transforman ante nuestros ojos".

Y son las Erinas —furias convertidas en Euménides— las que llevan la calma al espectador, rematando la cadena de crímenes justicieros, que parecía interminable, en una evocación expiatoria, purificadora. Se cumple, una vez más, la armonía —esencia y formación del teatro de Esquilo— y “La Orestíada” se confunde con “Prometeo” en este cumplimiento de alborozada especulación órfica.

Se ha hablado, también, de otro actor colectivo del teatro esquiliano, por el propio Girard, al hacer del destino humano, el principal personaje de todas sus obras. Pero esto ya es un símbolo, una resultante de la abstracción del comentarista. Los otros son íntegramente personajes y su acción está delimitada por líneas trazadas de arriba a abajo.

Fuera de todas las impresiones que en románticos y realistas —hijos naturales del romanticismo— produjera Esquilo en su grandielocuencia, en su presentación de problemas de objetivación inaplazable, en sus ideales de libertad y de derecho —cohesionados luego bajo inspiraciones conservadores— el primer gran dramaturgo griego llega a nosotros por esta su comunión con las fuerzas colectivas, creadoras de una cultura positiva o de una manifestación religiosa. Ya Prometeo, ya Las Erinas. Y así el talento individual se encaminó hacia la Humanidad como una integración absoluta de la literatura, que —naciendo, en Grecia, del Mito, se hizo carne de la carne y huesos de los huesos del hombre mismo enfrentado a sus problemas, que eran dentro de su fé antigua los propios mandatos de los dioses.

AUGUSTO TAMAYO VARGAS.